



ADMINISTRACIÓN:

PONDA DE LA UNIVERSIDAD, N.º 14
BARCELONA

APARTADO DE CORREOS: 147

Teléfono: 1150

DIRECTOR POLÍTICO:

D. FRANCISCO DE P. OLLER

REVISTA POLITICO-MILITAR ILUSTRADA

DIRECTOR ARTÍSTICO:

D. PACIANO ROSS

COLABORADORES

Excmo. Sr. D. Hermenegildo Díaz de Cevallos.
Excmo. Sr. Marqués de Valde-Espina.
Excmo. Sr. Marqués de Cerralbo.
Excmo. Sr. Barón de Sangarrén.

D. Antonio Brea.
Excmo. Sr. Marqués de Tamarit.
D. Joaquín J. Llorens F. de Córdova.
D. Juan Vidal de Llobatera.
D. Ramón Vila y Colomer.

D. Tirso de Olazábal.
D. Manuel Rodríguez Maillo.
D. Gabriel J. Llompart.
D. Carlos Cruz Rodríguez.
D. Reynaldo Brea.



Archidukes Francisco Salvador y María Valeria.

LOS PUNTOS SOBRE LAS IES

SIEMPRE hemos estimado en mucho las declaraciones de nuestros adversarios que nos favorecen. Por tal motivo concedemos valor á las siguientes, que, por más que justas, son de agradecer al Corresponsal que *La Correspondencia Militar* tiene en San Sebastián.

He aquí lo que el señor aludido les cuenta á sus lectores, al ocuparse en nuestra organización y trabajos preliminares de las elecciones:

«En estas provincias—dice—andan los carlistas algo revueltos con motivo de las futuras elecciones; los prohombres del carlismo han recordado á sus correligionarios que se inspiren en el manifiesto del Marqués de Cerralbo, y todos los carlistas de las pasadas guerras que son aquí la mayoría, tienen orden formal de no comprometer sus votos con nadie, hasta que se reciban instrucciones precisas de los representantes autorizados de Don Carlos, á fin de que la unidad de acción constituya en las masas la fuerza del partido tradicionalista; excusado es manifestar que si los carlistas dejan el retraimiento y acuden á las urnas, no hay lucha posible, y sólo en Irún, en Bilbao y en alguna otra contada localidad triunfarán liberales, pues el sufragio favorece al pueblo, que aquí es carlista puro en inmensa mayoría, sin que hayan aprendido ni tengan propósito alguno de enmendarse. El labrador vascongado está fanatizado por el clero, y éste no recibe inspiraciones mas que de su Rey y Señor D. Carlos,.... que por lo que se ve, quiere demostrar su fuerza y hacer el recuento de ellas, si bien de un modo pacífico por ahora.»

Si el bueno del Corresponsal conociera de antaño lo qué valen y lo qué pueden nuestras masas, siempre engrandecidas por la fe y jamás abatidas ante los contratiempos, no haría puchereros al convenirse hoy de un modo fehaciente de que son y serán siempre disciplinados en la paz los que en guerra fueron asombró de la Europa por su correctísima é incondicional sumisión á las legítimas autoridades del Partido. No puede haber vivido entre carlistas quien así se pasma y se admira hasta el punto de mostrarse extrañado ante un hecho tan de antiguo sabido, que por serlo en grado tal, apenas si le concedemos importancia los que nacimos carlistas y educación carlista recibimos. Lo que sí nos debiera sorprender, y

con razón, sería lo contrario, pues no se compadece con la falta de subordinación y disciplina, el amor á la Causa y al Rey que cada tradicionalista siente en su corazón.

Recorra el comunicante de *La Correspondencia Militar* una á una las provincias españolas significadas como carlistas, pasee las del Norte con algún detenimiento; visite despacio las cuatro catalanas, y pase de éstas á las del Maestrazgo, Valencia y Castellón, y después á las de Asturias y Galicia, y si ahora por esa manifestación local de amor al Rey y unidad de pensamiento ha quedado tan altamente sorprendido, hémosle de ver turulado y sin darse cuenta de lo que le sucede al cerciorarse de que se cuentan por millares los que en alta voz se confiesan carlistas y lo son con todo el esfuerzo de su alma generosa, con toda la fogosidad y pasión con que entre meridionales se sabe estimar una idea ó la personificación de la misma, cuando se las juzga excelentes y dignas de todo nuestro cariño.

En nuestro Partido, como en todos, hay defectos que, inherentes como son á toda obra humana, por perfeccionada que sea, no hemos de ser insensatos ansiando llegar á la suprema perfección extirpándolos de raíz; mas es tan vivo el fuego que arde en los pechos carlistas, que purifica el ambiente que respiramos, y por fortuna grande son raros en nuestro Partido los ejemplares del egoísta y del vividor.

Alejados del poder desde hace más de medio siglo, sin esperanza próxima de aproximarnos al festín del presupuesto, hanse alejado de nuestras filas, ora simulando disgusto y cansancio, ora perpetrando rebeldías repugnantes, aquellos que, guiados por la idea de la conveniencia y del medro, habíanse amparado de nuestra Bandera para ellos solos cobijarse á su sombra y dejar á la intemperie á sus hermanos de armas. Amparo han hallado en el campo adversario los unos; lloran otros en el olvido su error ó su crimen, y ya no se admiten en el campo carlista otros soldados que los que lo son á ciegas y sin pretender averiguar el por qué de

las decisiones de sus superiores jerárquicos.

Hoy como siempre, pero hoy de un modo preferente, sólo cabe ser carlista práctico ó dejar de serlo.

A todos nos está asignado un puesto de más ó menos peligro, de gloria mayor ó menor, en el combate que estamos librando con la Revolución, y menguadas serían nuestra lealtad y nuestra entereza si por no abundar en el criterio de los que nos mandan, nos juzgásemos competentes para protestar de sus decisiones ó desatarlas.

Por la razón dicha es por lo que ni al Corresponsal del diario militar madrileño ni á otra persona alguna debe sorprender el presenciar hechos y actos que guardan conformidad perfectísima con la lógica y con los precedentes que forman la gloriosa historia de la Comunidad tradicionalista desde 1833 hasta nuestros días.

Contentos nuestros hombres, hoy que se les dice ¡á las urnas!, y contentos ayer que se les decía ¡á las armas!: obedientes siempre con obediencia absoluta, no hacen como los políticos aquellos que sólo se sienten capaces de serlo en tiempo de paz y en el de guerra se están quedos, convencidos aquéllos de que conducta tal indica en quien la observa más egoísmo que convicción, más conveniencia que amor á la Causa y más ganas de gozar que de morir.

No por ser algo apasionado estimamos en menos el juicio del adversario, cuando no se separa de la razón. Por tal motivo no vacilamos en calificar de confesión preciosa la que hemos tenido ocasión de leer en *La Correspondencia Militar*, á cuyo autor no hemos de dejar sin antes rogarle que para otra vez, si desea merecer justamente el dictado de caballero y de español, no descienda hasta el punto de aplicar al Jefe de un partido de oposición tan respetable como es el carlista, el epíteto con que acompañó el nombre de Don Carlos, epíteto que, no ya por respeto á nuestro R. y Señor hemos suprimido al transcribir el párrafo debatido, sino por la consideración que aun sin conocerle nos mere-

ce el autor de la citada epístola, que, caso de reincidir, dudáramos fuese militar, pues no suele ser achaque en los que profesan la nobilísima carrera de las armas el motejar á sus adversarios, mayormente cuando éstos supieron presentar su pecho al enemigo en noble y franca lid.

F. DE P. O.

APUNTES SOBRE LA ÚLTIMA GUERRA CIVIL ⁽¹⁾

Operaciones militares en Vizcaya y Guipúzcoa.—Bloqueo de Tolosa por el General carlista Lizárraga.—Acontecimientos por la llegada del Cura Santa Cruz.—Acción de Astasu-Velabieta, ocurrida el 11 de diciembre de 1873.

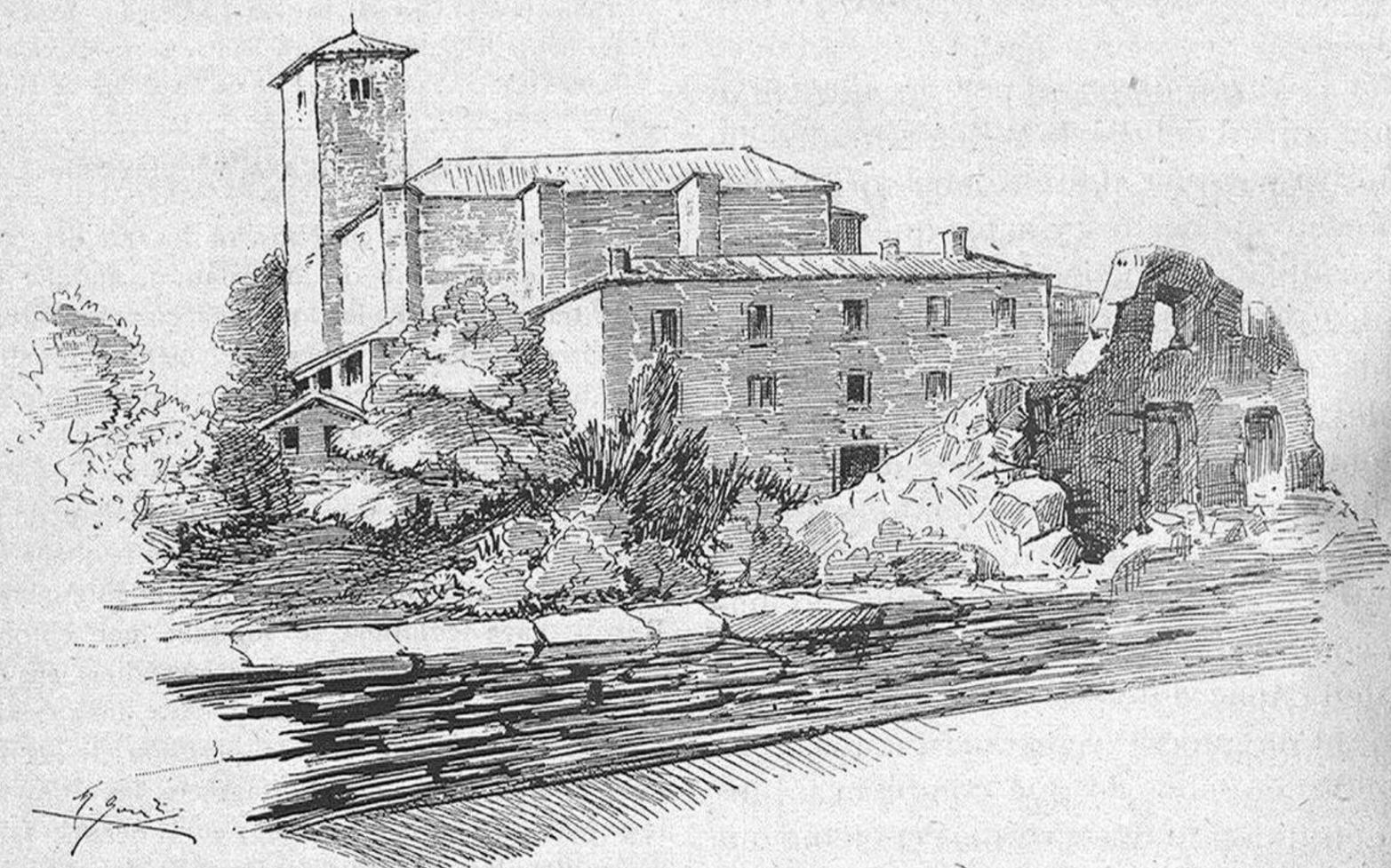
SUCESOS DE VIZCAYA Y GUIPÚZCOA

Mientras ocurrían en Navarra los que dejamos narrados, no eran menos importantes, aunque de no tanta trascendencia, los que acaecían en Vizcaya y Guipúzcoa. Como el grueso del ejército republicano operaba en Navarra, especialmente desde que Moriones se encargó por segunda vez del mando, hubo necesidad de hacer afluir Batallones de la parte de Vizcaya y Guipúzcoa, donde los liberales disponían de menos fuerza. En la primera sólo existía una pequeña columna al mando del Gobernador Comandante general de Bilbao, cuya columna se limitaba por entonces á guardar el recinto y á mantener expeditas sus comunicaciones con la ría de Bilbao, cuya línea estaba reforzada naturalmente con la posesión de los fuertes del Desierto, Luchana y Portugalete. Para impedir este objeto, sólo habían quedado en el Señorío la mitad de los Batallones vizcaínos al mando del segundo Comandante general Brigadier D. Castor Andéchaga, pues los restantes vinieron á Estella, tomando parte, como hemos visto, en la acción de Montejurra, con el Comandante general D. Gerardo Velasco. La izquierda carlista, ó sean las Encartaciones y la provincia de Santander, estaba, digámoslo así, neutral, á excepción de la capital, la plaza fuerte de Santoña y una pequeña columna liberal que tenía su residencia, unas veces en Medina de Pomar, otras en Castro-Urdiales; pero que apenas se atrevían á hacer frente á los Batallones cántabros que operaban por aquella parte. La importancia de la referida columna liberal puede

(1) Antes de continuar la somera relación de los hechos de armas ocurridos en 1873, y como aclaración ó adición á los apuntes que en el núm. 17 insertamos sobre la acción de Mañeru, cumple á nuestra rectitud hacer mención del 5.º Batallón de Navarra, el cual, con el 1.º, acudió desde Estella, donde se encontraba. Tomó, pues, una parte muy principal en la mencionada acción de Mañeru, si bien no concurrió desde el principio con los Batallones 2.º, 3.º y 4.º de la misma provincia, sino como tropas de refresco que llamó en su ayuda el General carlista Ollo, próximamente á las dos de la tarde. (Véase *La Campaña carlista*, por D. Francisco Hernando.)

calcularse con recordar las atrevidas excursiones que hacía en los pueblos de la provincia el Coronel carlista Navarrete, cuando el 4 de octubre se permitió entrar en Laredo con 400 hombres de infantería y 40 caballos, cobrar tranquilamente un trimestre de contribución y duplicar el número de sus jinetes con la requisita de ganado. La división castellana operaba también por la provincia de Santander, corriéndose á veces á la de Burgos; ya para esta época, y durante el breve mando del General carlista Palacios, se habían organizado tres Batallones y tres Secciones de caballería, reuniendo para ello las dispersas fuerzas que habían militado bajo el mando de Ortiz, Solana, los Hierros, etc.

Por la parte de Guipúzcoa operaba el General carlista Lizárraga, unas veces por la línea de la costa, y otras, el mayor número, poniendo sitio á Tolosa cuya villa había tomado empeño en quitar á su antiguo compañero en el Ejército, el General liberal Loma, el cual tenía á sus órdenes una columna semejante á la suya, por cuya razón sólo se limitaba á distraer á Lizárraga para que Tolosa tuviese más expedita su línea con Andoaín y San Sebastián, únicos puntos por donde Tolosa podía ser socorrida. Las acciones ocurridas entre las fuerzas contendientes durante los meses de Septiembre y Octubre, tuvieron vario éxito. Loma, por su parte, en cuanto disponía de algunos Batallones, salía de Andoaín, y unas veces procuraba y



Palacio de Murguía (Astigarraga), propiedad del Excmo. Sr. Marqués de Valde-Espina.

otras introducía realmente convoyes de municiones y de raciones en Tolosa, levantando el espíritu de su guarnición, ayudándoles á aspillerar su recinto y á defenderse en mejores condiciones de la circunvalación carlista. Otras veces se ponía Loma en comunicación con el Jefe que mandaba en la Plaza, y apoyaba alguna salida de su guarnición. El 14 de Octubre intentó una la fuerza bloqueada, al mismo tiempo que Loma salía de San Sebastián con 5.000 hombres. Rompióse el círculo carlista, entró Loma en Tolosa, dejó 1.000 hombres de refuerzo en la villa y regresó á Andoaín, no sin haber experimentado en la operación las consiguientes bajas á marchar por una carretera encajonada entre montes como es aquella, dominada en todo su trayecto por altísimas montañas de las que eran absolutos dueños los carlistas. Tolosa fué efectivamente socorrida; pero al llegar á Villabona, de regreso el General Loma, habíanse vuelto á reunir detrás de él los dos semicírculos en que se habían divi-

dido los Batallones guipuzcoanos, volviendo á establecerse el bloqueo.

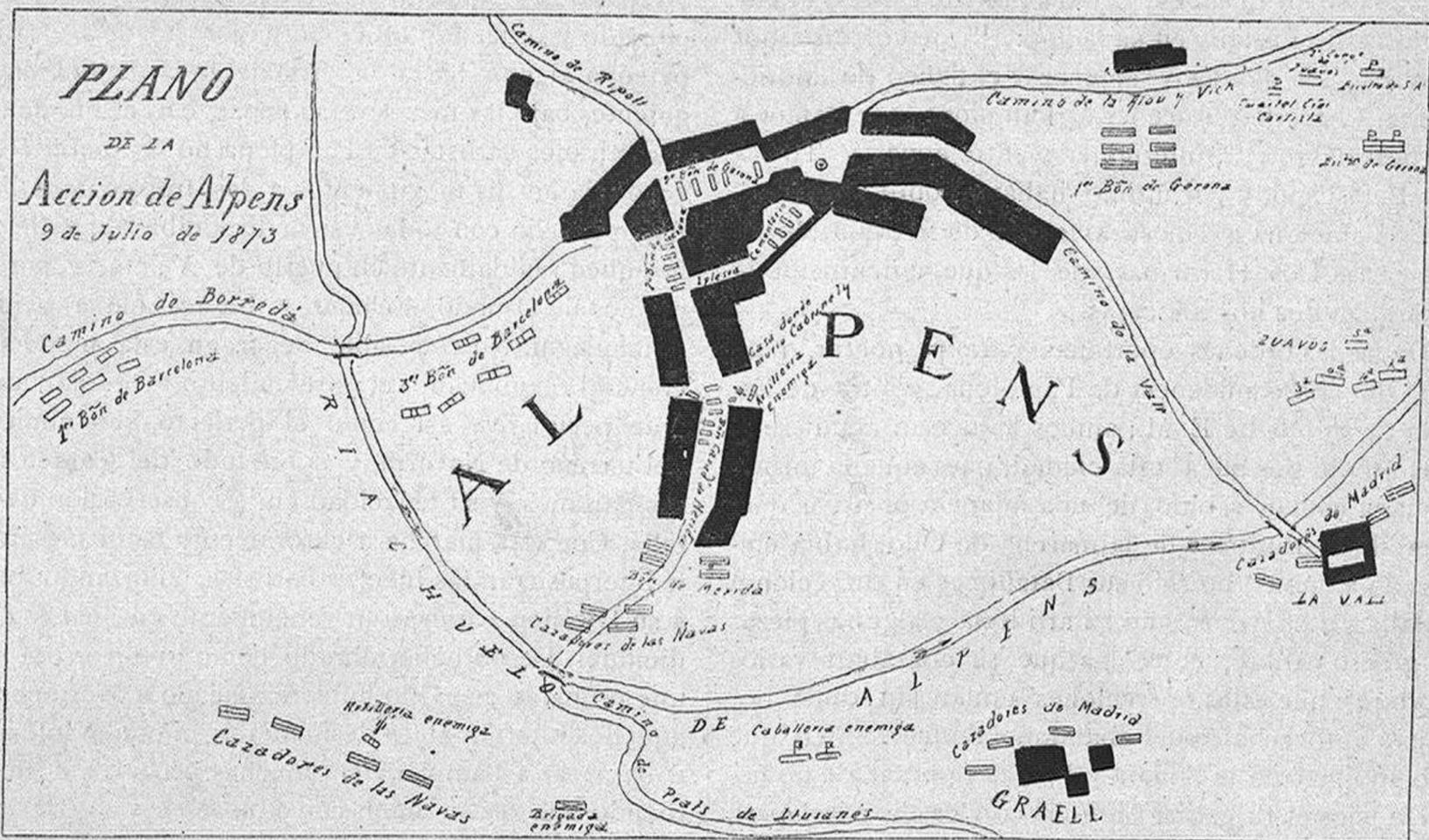
Lizárraga tenía unas veces su Cuartel general en Asteasu, otras en Larraul. Desde allí distribuía convenientemente sus Batallones, y unos días por un lado, otros por todos á la vez, rompía el fuego sobre los defensores de la Plaza, mientras ésta sufría el de los cañones de la sección de Rodríguez Vera; otras veces la embestía de noche, hasta que se agotaban sus municiones; de manera que la guarnición de Tolosa podía decirse no tenía un momento de descanso, ni de día ni de noche. Posible hubiera sido que, á disponer de más fuerza ó de algún cañón de batir, Tolosa hubiera acabado de entregarse á los carlistas, aun delante de su libertador Loma, cuya fuerza apenas le bastaba para guarnecer Rentería, Irún, Astigarraga y Hernani.

Queda consignado que el Capitán de artillería Dorda había sido destinado á las órdenes del Coman-

dante general Lizárraga, para que, tomando las suyas, se ocupase con preferencia en organizar el servicio fabril del Cuerpo, en una provincia donde abundaban las fábricas de armas y de un plantel de operarios como ninguna otra de España. Efecto de la organización foral de la provincia, Lizárraga hubo de contar en primer término con el Diputado general Dorronsoro, hombre de entendimiento clarísimo y notable por su gestión financiera. Hízolo así Dorda, y se convino en que se crease una fundición de cañones y una Maestranza de Artillería, á cargo del expresado oficial y del Teniente D. Leopoldo Ibarra, dejando á las Diputaciones entera libertad para construcción y adquisición de armamento, y de un taller de recarga de cartuchos metálicos para la infantería. Más ade-

lante, ó mejor dicho, en aquellos días, se estableció también una fábrica de pólvora de fusil, cuyo importante artículo se hacía cada vez más necesario, y por lo difícil y casi imposible que se hacía su introducción por la frontera francesa. La citada fábrica se estableció en Azpeitia, al lado del camino de Urrestilla, en cuya instalación tuvieron no pequeña parte Ibarra y Dorda, especialísimos para esta clase de industria. Andando el tiempo, también se fabricó en ella pólvora de cañón, siendo Director facultativo el Sr. Ibarra, ingeniero industrial y hermano del anterior.

A la salida de la citada villa de Azpeitia, por el camino de Cestona, había una antigua fábrica para construir efectos de hierro, cañones de fusil y otros efectos del mismo metal, propiedad del Sr. Gurruchaga, la



(Véase el artículo de la página 301.)

cual se había cerrado desde la toma de Azpeitia por los carlistas, en atención á que su dueño había marchado á San Sebastián, á causa de sus opiniones liberales. Elegida la fábrica por los dos oficiales de artillería referidos, á ambos les cabe la indisputable gloria de haber puesto los cimientos á la única dependencia artillera, que dió abasto con el tiempo á dotar los cañones carlistas de todo su complicado y novísimo material de guerra. Referir las luchas que ambos oficiales sostuvieron para allegar recursos y operarios idóneos, para innovar y dar otro destino á los hombres y á las máquinas, sería tarea en la que invertiríamos muchas páginas. Baste decir que, tanto Ibarra como Dorda, cumplieron como buenos, y que su intelligenza toda, puesta al servicio de la causa carlista, unida á la feliz inventiva de ambos, sería suficiente para hacer la reputación de los oficiales extranjeros más entendidos.

Por ahora dejaremos este asunto, y mientras ellos llanan cumplidamente su honrosa misión, volvamos á los sucesos militares que acaecieron en la provincia de Guipúzcoa.

Insostenible iba haciéndose por demás la situación de los sitiados en Tolosa. La de la villa dió que pensar al Gobierno de Madrid, y en la imposibilidad de poder aumentar la División de operaciones de Guipúzcoa, hubieron de pensar en que el General Moriones viniese á ella para ver de mejorar el estado de Tolosa, reuniendo á la División del General Loma, la que operaba y había operado hasta entonces en Navarra, siquiera fuese por algun tiempo.

Noticioso el General Carlista Ollo por sus confidentes del acuerdo de los Generales Loma y Moriones para el socorro de Tolosa, determinó ponerse en marcha el día 2 de diciembre, como así lo hizo, acompa-

ñado de los Batallones 1.º, 2.º, 3.º, y 5.º de Navarra y la Batería de montaña, reuniendo un total de 2.000 hombres. Al frente de Estella y de su Merindad, dejó á su jefe de E. M. Argonz con el resto de los Batallones navarros y algunos alaveses, para oponerse á cualquier movimiento que sobre Estella ó su línea intentase la división enemiga que operaba y se apoyaba, como sabemos, en los fuertes y plazas de la Ribera.

El referido día pernoctó, pues, en Munarriz y al segundo se alojó con la artillería y los dos primeros Batallones en Lecumberri, ocupando los restantes los pueblos avanzados sobre Betelú y Leiza. El objeto de Ollo era el impedir por cualquier medio que se operase la unión de las Divisiones Moriones y Loma en Vera ú Oyárun, y que después bajasen á Tolosa, no sin antes haber destruído la naciente Fabrica de proyectiles establecida en el primero de dichos puntos. Al situarse en Lecumberri y sus inmediaciones, el General carlista estaba en situación: 1.º, de correrse por Benuza y sus montes y amenazar el flanco de Moriones; 2.º, hacerle retroceder á Pamplona por temor á un descalabro; 3.º, interponerse entre aquél y Tolosa por Berástegui, y por último, hallarse sobre la carretera de Pamplona á Tolosa, atacando de frente á Moriones en las Dos Hermanas, de las que únicamente le separaban dos horas escasas.

Dadas las órdenes oportunas para pernoctar, recibió Ollo una confidencia de Pamplona y otra de Estella de su Jefe de E. M.; ambos le decían acudiese lo más pronto posible á esta ciudad, pues aquella misma mañana habían sabido de una manera positiva que, apercibido Moriones de la marcha de Ollo, había empezado á mover, no sólo sus Batallones en dirección á Tafalla y Los Arcos, sino su artillería y algunas piezas de grueso calibre, entre las que se contaban varios morteros; que estas operaciones tenían sin duda por objeto aprovecharse del abandono de fuerzas en que habían quedado la Solana y Estella (á pesar de no hallarse lejos el Brigadier Mendiri con los alaveses), para tomar esta plaza por medio de un golpe de mano. Posible era, en efecto, fuera éste el pensamiento de Moriones; sin embargo, alguien hubo, entre ellos el Coronel Rada, que aconsejaron á Ollo desistiese de socorrer á Estella, pues si bien había pocas fuerzas que la defendiesen, no era de suponer desistiera Moriones de su primero y principal proyecto de socorrer á Tolosa, y fueran acaso engañosos sus movimientos. Perplejo anduvo en esta ocasión el General carlista, por hallarse en disidencia con su Jefe de E. M.; pero pesando sobre él la responsabilidad de la conservación de Estella, y pudiendo ser cierta tal vez la suposición de Argonz, ordenó deshacer el movimiento forzando las marchas y llegando, por consiguiente, con sus navarros á Muez y Munarriz al otro día. No se hicieron esperar los confidentes, que confirmaban por el camino las noticias de Argonz. El General Carlista hizo avanzar algunas parejas de caballería y esperó en Salinas de Oro la contestación de aquél respecto á los movimientos del enemigo. Veamos ahora lo que había ocurrido en realidad.

Prevista por el General Moriones la marcha emprendida por Ollo, dispuso que gran parte de su División saliese de Pamplona con dirección á Tafalla, poniéndose él á su frente; en este punto embarcó algunos morteros y cañones en el ferrocarril de Tudela; hizo salir alguna fuerza de Tafalla y Lerín con dirección á Logroño, y él esperó en este punto á sus confidentes, que le informasen del movimiento de los Batallones carlistas, consecuentes al suyo, como era de suponer. Aquella misma noche debió llegar á su noticia que su marcha no era ignorada en Estella, máxime cuando en la estación de Tafalla y á presencia de muchos paisanos se dejó decir que la artillería iba destinada á destruir Estella. Surtióle bien su estratagema á Moriones, y sin perder momento, salió precipitadamente para Pamplona con la mayor parte de sus Batallones, y mandó cerrar á su llegada las puertas de la plaza. Después de algunas horas de descanso, de haberse racionado y ordenado al Gobernador no dejase salir á persona alguna hasta la una de la tarde del día siguiente, bajo las más severas penas, con el fin de que los paisanos carlistas de Pamplona no se apercibiesen y noticiaran sus movimientos á las tropas de Ollo y Argonz, salió con toda la suya disponible al amanecer, franqueó rápidamente el puerto de Velate, y por los montes de Osondo, Echalar y Lesaca fué á parar á Arichulegui. No es posible negar en esta marcha al General republicano el atrevimiento y osadía que le eran peculiares, así como el perfecto conocimiento del terreno de Navarra, y sobre todo del carácter de sus paisanos, y su tenacidad en la conservación de Estella. Con esta marcha rigurosamente táctica, evitó se le interpusieran las fuerzas carlistas, ahorrando bajas á su División y quizás un vencimiento en malas condiciones. De no haber obrado como lo hizo, era más que probable que Ollo hubiera atacado á Moriones en aquellos interminables desfiladeros, impidiéndole acaso regresar á Pamplona sin muchas pérdidas, é impidiendo á la vez su unión con Loma.

Lizárraga, por su parte, tampoco pudo impedir que Loma se uniese á Moriones, porque todos los Batallones de su División se hallaban en el cerco de Tolosa, para que su guarnición no saliese, excepto cuatro ó seis compañías que se hallaban en observación de la carretera de Andoaín, con el río por medio. También se susurraba en su Cuartel general de Larraul que Santa Cruz, el célebre cura de Hernialde, había entrado en Guipúzcoa, y que acompañado de sus antiguos partidarios del primer Batallón y algunos oficiales del país, trataba de quitar el mando de la provincia á Lizárraga. Más adelante veremos las funestas consecuencias que produjeron estas discusiones en Guipúzcoa, de las que oportunamente se aprovechó el enemigo para lograr á menos costa sus intentos.

Noticioso Ollo en Salinas de Oro que Moriones se había aprovechado de su movimiento de retroceso para pasar Velate, y sin embargo de calcular no llegaría á tiempo de impedir ya su unión con Loma, volvió á emprender la marcha, pernoctando el primer día en el Valle de Ollo con sus Batallones y al siguien-

te en Lecumberri por segunda vez. Perdida la primera partida, quiso Ollo disputar en buenas posiciones la segunda, por lo cual avanzó por Leiza hasta Berástegui, alojándose con los Batallones y la Batería en este punto, excepto el primero, que lo hizo en Elduayen, al pie mismo de los montes de Velabieta.

En la plaza de Berástegui hallábase el Coronel Feliu, Jefe de Estado Mayor de Guipúzcoa, con algunos Oficiales y Ayudantes para ponerse de acuerdo con el General navarro, en nombre de su Comandante general, á fin de ocupar entre ambas divisiones tales posiciones, que estorbasen el abastecimiento de Tolosa, ó por lo menos que el socorro no llegase sin experimentar numerosas bajas y detenciones en el trayecto de Andoaín á la plaza bloqueada. Graves sucesos, sin embargo, habían ocurrido la noche anterior á la División guipuzcoana, según el relato que hizo el Coronel Feliu á los Jefes de Navarra que iban llegando á Berástegui.

Desgraciadamente para los carlistas, se habían realizado las sospechas que abrigaba Lizárraga sobre el famoso Santa Cruz. El primer Batallón de Guipúzcoa, compuesto en su mayor parte de los antiguos partidarios de aquél, se habían unido á él, para volver, sin duda, á hacer la vida errante de las montañas, más apetecible para ellos que la disciplina militar; habían arrastrado á algunos voluntarios y oficiales guipuzcoanos, unos de grado y otros por fuerza. Habían aprehendido á bastantes Jefes del país, entre ellos á Iturbe, Emparán, Vicuña y otros, amenazándoles con ser fusilados si no se unían á los revoltosos. Así las cosas, adelantaron en ademán hostil hacia Larraul, donde se encontraba el General legitimista con sus mermadas fuerzas y la sección de artillería.

Sabedor el General por algunos voluntarios que se habían separado del Cura, salió inmediatamente de su alojamiento, montó á caballo, y acompañado de algunos Jefes leales, hizo tocar llamada, reunió las compañías que de distintos Batallones se hallaban en el pueblo y les arengó enérgicamente, diciéndoles que él estaba de Comandante general de la provincia por su Jefe Don Carlos; que éste había declarado rebelde al cura Santa Cruz, y por consiguiente, que contaba con ellos para mantener la prerrogativa Real, y por último, que estaba decidido á desarmar á los turbulentos á todo trance, contando con su lealtad y sumisión á las órdenes de S. M.

Aclamado por aquellas escasas fuerzas Lizárraga, y resuelto á resistir con ellas el combate que entre Batallones hermanos iba sin duda á verificarse á la aproximación del Cura, quiso, á pesar de todo, evitar el derramamiento de sangre probable, y comisionó al Teniente coronel de Artillería Rodríguez Vera, para que avistándose con aquél, conociera claramente sus intenciones y obrar en consecuencia.

Partió este Jefe; se encontró á la fuerza sublevada no lejos del pueblo, y pidió le condujesen á la presencia de Santa Cruz. Este hubo de recibirle con el carácter de parlamentario y le dijo que su venida tenía por objeto levantar el espíritu de la provincia, pues

desde que Lizárraga había tomado el mando, nada se había hecho de notable; que contaba con bastantes bayonetas para sublevar el resto de los que aun obedecían y respetaban la escasa popularidad de Lizárraga, y juntos todos después, buscar y batir á Loma, dondequiera se encontrase.—Hízole presente Rodríguez Vera la misión de que iba encargado; le hizo todas las reflexiones que su ilustración y conocimiento de la guerra le sugirieron, apelando á sus ideas y patriotismo para que evitase una colisión entre los que defendían una misma bandera, máxime en vísperas de una batalla, de cuyo éxito fatal pudiera desde luego culpársele en el porvenir. No dejaron de hacer mella en el guerrillero guipuzcoano las reflexiones de Vera; pero le despidió, amenazándole con ser fusilado á insistir en sus apreciaciones.—Al dar cuenta dicho Jefe á Lizárraga del resultado de su gestión, encontró á los Batallones en mejor sentido que á su salida de Larraul, y dispuestos á rechazar la fuerza con la fuerza. Unido esto á la presentación en grupos más ó menos numerosos de los insurrectos, que se separaban del Cura, hizo cobrar más ánimo al General carlista, y salió de sus acantonamientos, dispuesto á batir á aquél en cuanto le viese. Cada vez iban siendo más numerosos los grupos que en el camino se le incorporaban, los cuales solicitaban su perdón del General, alegando que habían sido víctimas de un engaño y que convencido el Cura por fin de que no lograría secundasen sus intentos, había escapado hacia la frontera, acompañado de algunos, aunque muy pocos, de sus más allegados. Poco á poco la confianza fué renaciendo entre unos y otros, no vertiéndose más sangre que la de un Comandante guipuzcoano que fué hecho prisionero y uno de los que entraron en Larraul para arrastrar á la sedición las tropas de Lizárraga.

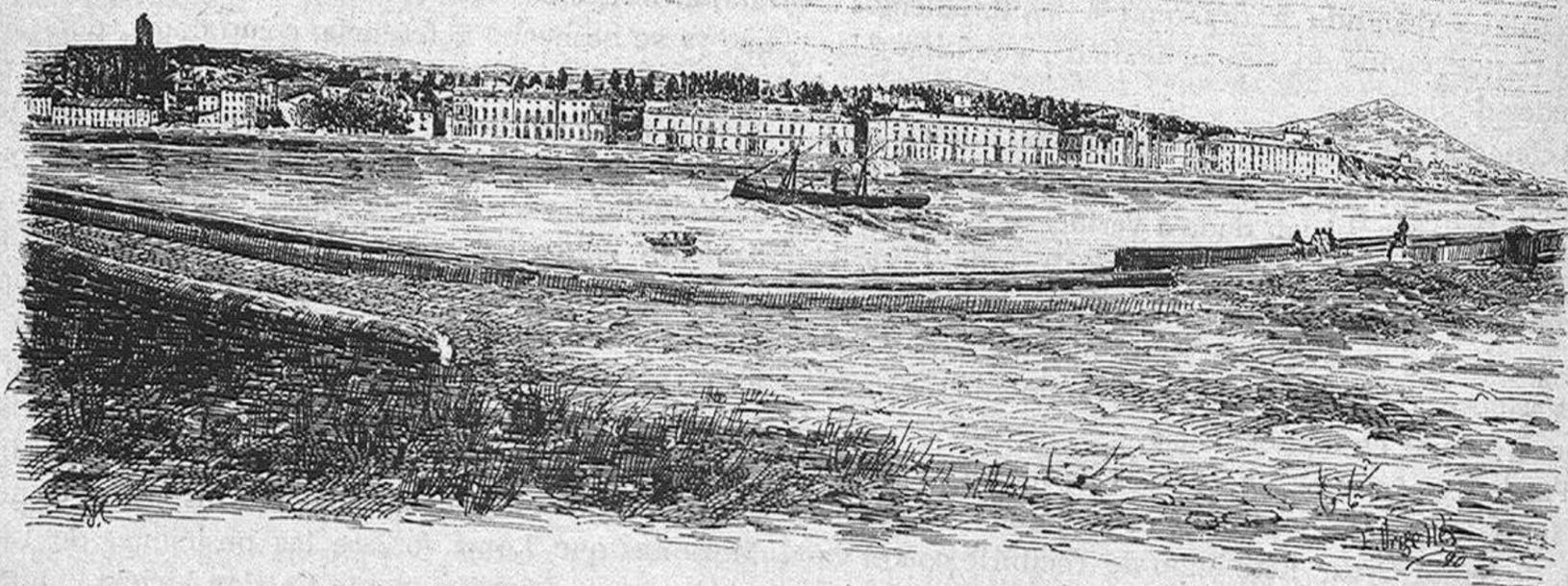
Mucho tiempo tardaron éstas en reorganizarse; pero no antes de que el enemigo se aprovechase de estos disturbios á los dos días de acaecidos.

Impresionado el General navarro del relato del Jefe de Estado Mayor Feliu, pero dispuesto á contener con sus fuerzas la indisciplina naciente de los guipuzcoanos, preguntó repetidas veces á Feliu si su General contaba incondicionalmente con sus Batallones. Aquél le contestó que creía que sí; que él se quedaría á su lado al frente de algunas compañías de Guipúzcoa, de que ya se ha hecho referencia, como conocedoras del terreno donde probablemente habría que operar, poniendo antes en noticia de Lizárraga el plan de Ollo. Este se reducía simplemente á defender las posiciones de Velabieta y sus estribaciones, desde Villabona á Andoaín, sobre la carretera de Tolosa, mientras Lizárraga hacía lo propio desde Andoaín á Asteasu, oponiéndose ambos de flanco á la marcha combinada de los Generales republicanos, que no podían marchar sino por la carretera, á causa del convoy que escoltaban.

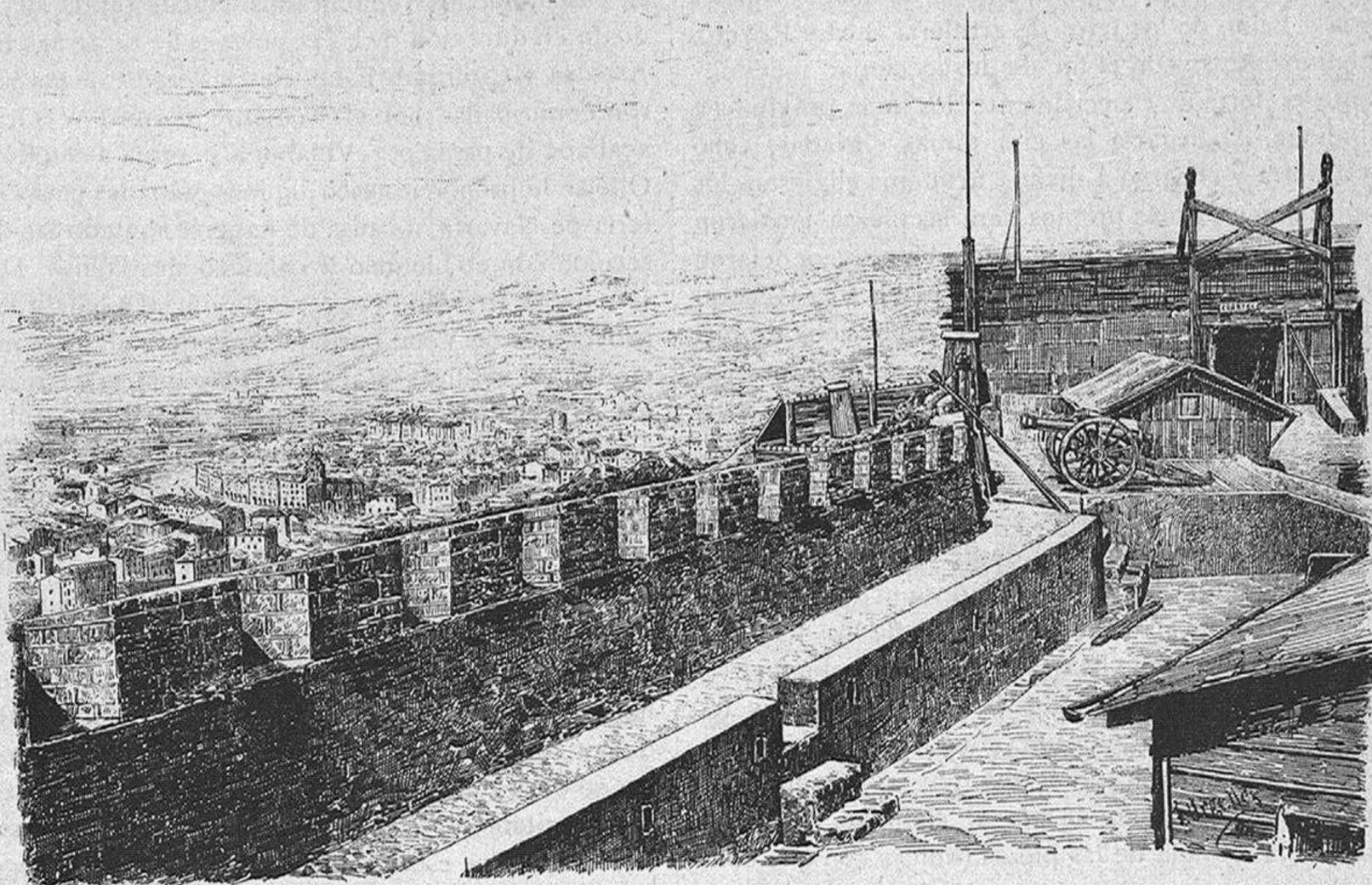
Así fué, en efecto. Concentrados los Batallones liberales en Andoaín y sus alrededores, dispuso el General Moriones que Loma forzase las posiciones de Lizárraga con su División, y que Catalán hiciese lo mismo con las de los navarros.



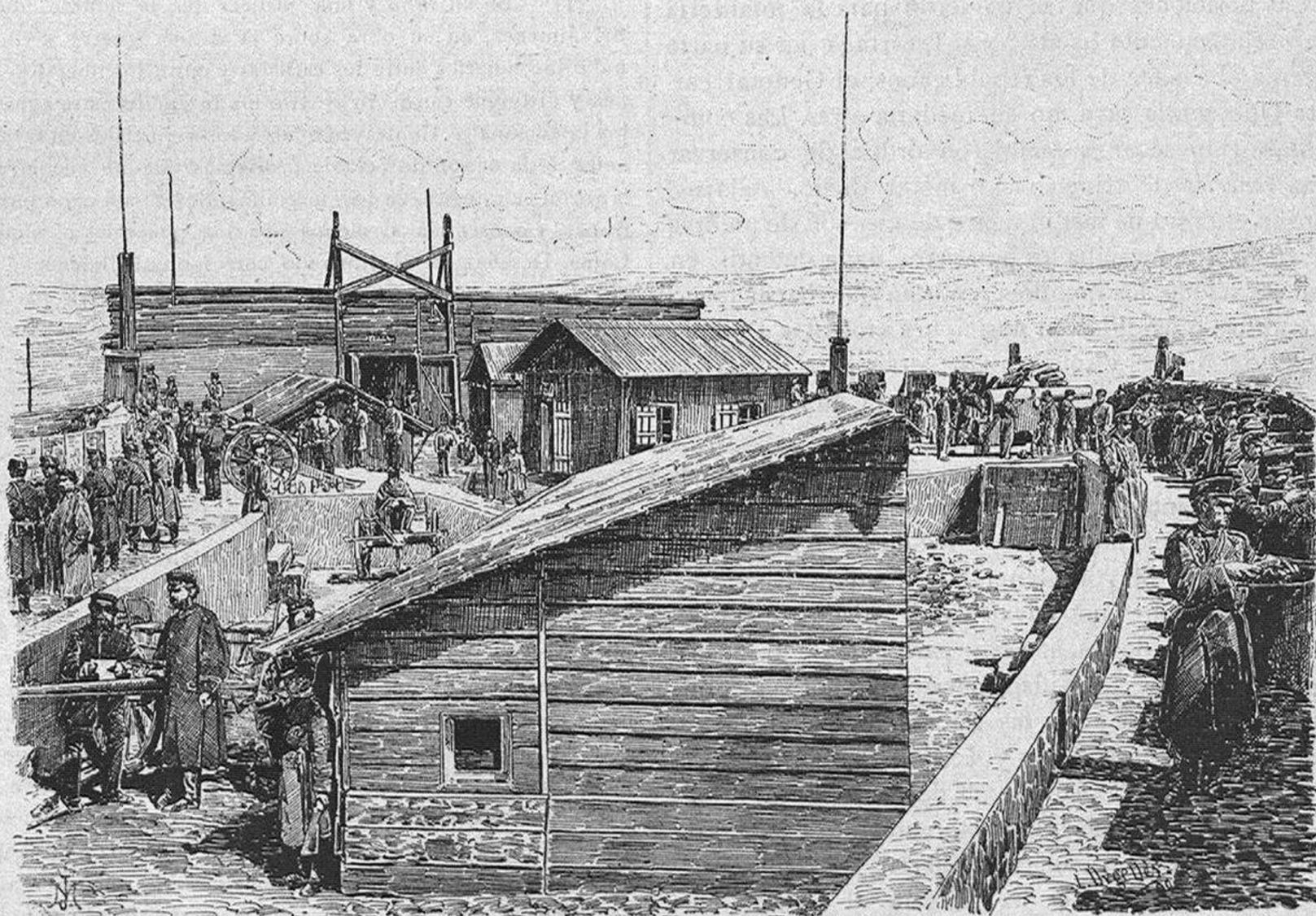
Portugalete.



Portugalete y Las Arenas.



Fuerte del Morro (Bilbao).



Fuerte del Morro (Bilbao).

No bien llegó el General carlista Ollo á Elduayen el día anterior, es decir, el 10 de Diciembre, subió al monte de Velabieta, acompañado de los Coroneles Rada y Feliu, de los Jefes de artillería Brea y Reyero, y algunos otros, con el fin de inspeccionar menudamente el terreno, especialmente los más próximos á Villabona. Al llegar á las cimas más elevadas, echó pie á tierra y encargó á dichos artilleros eligiesen los emplazamientos más propios para las piezas. Partieron cada uno de ellos en distinta dirección, reconocieron los alrededores y volvieron á dar cuenta á su General del resultado de sus observaciones. Ambos eligieron el mismo punto, que era la meseta de un monte avanzado sobre uno de los repliegues de la carretera de Tolosa, desde donde se descubría por la derecha un extenso campo de tiro hacia Andoain, destacándose muy cerca el campanario de la iglesia; por la izquierda se flanqueaba, aunque no tan bien, desde el puente de Villabona hasta Irura. Sonrióse bondadosamente el General carlista al oír el acuerdo unánime de los Jefes comisionados, que, como hemos dicho, no se habían visto ni el reconocimiento se había hecho en común, y les contestó que estaba conforme con sus apreciaciones; pero que el sitio indicado estaba muy avanzado sobre el terreno donde maniobraría el enemigo, que para asegurar la retirada de las piezas (únicas con que contaba hasta entonces el nascente ejército carlista), caso de un revés, no podía desmembrar sus dos mil hombres disponibles, y que por lo tanto había resuelto que el día de la acción le siguiera de cerca la artillería, para maniobrar á su vista y á sus inmediatas órdenes.

Las posiciones que se eligieron para la infantería eran relativamente buenas, y si Lizárraga por su parte detenía el avance de los republicanos, el General carlista Ollo, por la suya, no se quedaría atrás. Las compañías guipuzcoanas recibieron orden de conservar unas *especies* de trinchéras, ó mejor dicho, atalayas, porque el muro de medio metro de espesor, de piedras informes, que formaba los parapetos, nada defendía en caso de ataque, los hombres tendrían que hacer fuego de rodillas ó tendidos en posiciones violentas á media ladera del monte, y sólo podían servir para avisar los movimientos de los enemigos, desde el momento que salieran de Andoain.

Verificado el reconocimiento, regresó á Berástegui Ollo, no sin antes haberse asegurado del buen espíritu de los Batallones navarros, y enviado un Ayudante al Jefe de Estado Mayor General D. Joaquín Elto, que con dos Batallones, uno navarro y otro alavés, se aproximaba al teatro de los sucesos, para que le reforzase con ellos caso de necesidad, puesto que por sus confidentes particulares y por las noticias recibidas de varios paisanos de Andoain y Lasarte había sabido la concentración de las Divisiones de Loma y Moriones en el primero de dichos puntos, reuniendo un total de 16.000 hombres con mucha Artillería.

Antes de amanecer el día 11, salió el General carlista hacia Elduayen, disponiendo al paso la reunión de sus fuerzas sobre este punto, al pié de Velabieta, seguido de cerca por sus cuatro cañones y el 2.º de

Navarra. A su llegada á Elduayen supo por algunos voluntarios guipuzcoanos que Feliu había mandado en su busca, que los republicanos habían salido de Andoain en dirección de las posiciones de Lizárraga hacia Asteasu y Cirúrquil. Estas noticias eran exactas y fueron confirmadas por el Teniente coronel Vera, que acababa de pasar por Villabona y venía á suplicar á Ollo se le proporcionasen algunas granadas para la Batería de Navarra, á causa de haberse agotado las de su sección con el bloqueo y cañoneo de Tolosa. Dicho Jefe había enviado días antes un oficial á la fábrica de proyectiles de Vera, para que le trajese algunas municiones. Al verificar su regreso, tuvo que arrojarlas por un despeñadero en Arichulegui, y él y los artilleros, que conducían los mulos, estuvieron para caer en poder del enemigo, por en medio de cuyas columnas pasaron, viendo en su camino las espirales de humo de más de 40 casas de Oyárzun que el General republicano Moriones había mandado quemar á sus soldados, bajo pretexto de ser carlistas sus moradores y no haber racionado la numerosa fuerza que le acompañaba (1). Enterado el General Ollo de que no abundaban las municiones en su Batería, ordenó, sin embargo, se diesen cuatro cajas á la artillería de Guipúzcoa, que el citado Vera se encargó de dirigir á su destino. Por cierto que estas municiones no pudieron llegar á tiempo, porque al llegar á Villabona encontró á los liberales posesionados del pueblo. Regresó, pues, á Velabieta y presencié parte de la acción al lado de sus compañeros.—ANTONIO BREA.—(*Concluirá*).

(1) Con un valor y una justicia que le honran, dice el Sr. Jiménez, en su obra sobre la última guerra civil, que hubo incendiarios entre los carlistas y entre los liberales. Califica y distingue con recto criterio los incendios estratégicos de los intencionales. Contrayéndonos á los verificados en Oyárzun antes de la acción de Velabieta, diremos que no encontramos la razón estratégica de los incendios llevados á cabo por las tropas, y consentida al menos por los generales Moriones y Loma. Desafiamos al ilustrado corresponsal Jiménez á que nos demuestre la necesidad de incendiar una tercera parte del mencionado pueblo. ¿Se les hizo acaso resistencia en las casas? ¿se convirtió alguna en amenaza, por su sólida construcción, para ulteriores operaciones? ¿tomaron parte tal vez los vecinos del pueblo en la lucha? Verdad es que el cura Santa Cruz, con su partida, llevó á cabo diferentes incendios en Guipúzcoa. Nada tiene de común el ejército carlista con el citado cura, ni han de hacerse los carlistas solidarios de sus actos, desde que Don Carlos de Borbón dió orden á sus Generales de que le fusilasen donde quiera que fuese habido. Y sin embargo, cita el señor Jiménez el incendio de las casas fortificadas por los carabineros cerca del puente, y el puente mismo de Endarlaza. Razón estratégica como pocas tenían aquel puente y aquellas casas para ser destruidos, por su situación entre Guipúzcoa y Navarra, á dos pasos de la fábrica carlista de Vera, donde podían trasladarse las guarniciones de Behobia é Irún en dos horas, por una magnífica y cómoda carretera. Sin perjuicio de volver á tratar cuantas veces ocurra, en el curso de estos apuntes, la cuestión de incendios, concluiremos diciendo al señor Jiménez que con presencia del mapa y visitando el terreno como nosotros lo hemos visitado, es como apreciarse pueden las razones estratégicas que aconsejan á veces las más violentas é incomprensibles medidas.

PÁGINAS DE UN CARLISTA

POR F. SAGREDO Y ESCOLANO

1834

PARTE SEGUNDA



Lespectáculo de las cárceles y de los delincuentes, «con la conciencia tranquila, suele ser un ejemplo material provechoso en extremo á la juventud.» Así se expresan muchos doctrinarios aficionados á sacar filosofía de cualquier cosa. Pero el error ó la verdad de tal axioma nadie pudo apreciarlo como yo, supuesto que esta sección de mis páginas debiera titularse

Le mie prigioni,

á semejanza del célebre *Silvio Pellico*, y á fe mía quizá con más provecho que el intencionado censor de los austriacos.

Los dos guardianes, fieles á la disciplina, caminaron silenciosos hasta el Correccional, instalado en un casucón á cien pasos de la Comandancia, y cuando nos vimos en presencia del director, dijeron sencillamente:—«Aquí traemos á V. S. el preso de hoy.»—«¿Y cómo no lo retiene el señor comandante en su poder?»—*Porque no es hombre*—le contestaron. Dió aquel empleado grandes carcajadas, que hacían contraste con la seriedad de los soldados, aunque dominándose al punto, los despidió informado de que todo el delito consistía en mi carlismo. Los *facciosos* en armas no somos exigentes, y suelen suprimirse para nosotros papeles y formalidades enojosos; mi causa jamás llegó al Correccional. Unida por vínculo misterioso con la maleta del Jefe de la Partida, ninguna de las dos parecieron. Después de ligeras explicaciones, en las que procuré interesarle lo posible, me hizo sentar, diciendo afablemente:—«¿Con que estudiante de leyes? He debido adivinarlo; un estudiante de leyes se conoce entre catorce mil; apuesto yo que tendrás buena letra y pocas faltas de ortografía. Coge la pluma y veamos tu habilidad.» Escribí al dictado algunos renglones, y no sólo se contentó, sino que alabó mucho la rapidez con que escribía. Entonces se explicó claramente:—«Tú no eres un criminal, sino un preso político, como mañosamente has dejado traslucir, cualidad que permite desde luego tratarte con laxitud; no seré tan

duro que deje de reconocerlo. En prueba de ello te hablaré con franqueza: soy casado, no tengo hijos, vivo aquí con mi mujer y creo la dificultad resuelta dedicándote exclusivamente á mi servicio y separándote del roce con los delincuentes comunes. Esto no impide que todo cuanto hagas en la oficina te lo pague como al escribiente; confía en mí; puedes sacar buen salario sin serme gravoso, y el tiempo restante lo empleas en la casa hasta que tu proceso venga. ¡Quién sabe! acaso su conocimiento mejore ó cambie tu condición.»

Lejos de desechar oferta tan ventajosa, escogí términos corteses y expresivos, ansioso de demostrarle mi gratitud. Bromista, sensible y de genio dulce, á los pocos días de trato me cautivó su carácter, al que sin muchos esfuerzos se le tomaba la cuentecilla, y hubiera sido el hombre más descorazonado del mundo si todas las noches en mis plegarias no suplicase al cielo le mantuviera en sus buenos sentimientos.

Por lo demás, la vida de sirviente es patriarcal y regalona. Comía bien, dormía en buena cama, y todo mi trabajo se reducía á lo que voy á decir: al amanecer barría las oficinas con un enorme escobón de los que nos construían los penados; arreglaba las mesas, cortaba las plumas y le daba un repasón á los tinteros. Después subía á nuestras habitaciones, situadas dentro



del mismo edificio del Correccional; embetunaba las botas y ayudaba á la cocinera; así que almorzábamos, bajaba á escribir, si me necesitaba, lo que no sucedía todos los días; comíamos, y por la noche, hora en que se marchaba al café, lo esperaba jugando á la brisca con la criada y el capataz vigilante de los criminales, al que comunicaba sus órdenes antes de acostarse.

El secreto de muchas cosas es proponérselo: no fué inútil el especial cuidado que puse en agradar, y siempre que se trataba de la señora procuraba esmerarme. Terreno es este que no suele explotarse lo bastante, cuando las mujeres por sí solas son capaces de manejar el orbe y sacan más hombres de la nada de lo que á primera vista parece. Tuve tal acierto con mi ama, que vine á ser sus pies y sus manos; *carlistilla* por aquí, *carlistilla* por allá, me compraba zapatos, me daba ropa y obtenía multitud de alcabalas consiguientes

á los criados que sirven con *sindéresis*. Pero no hay oficio sin quiebras; la cocinera primero, y luego el capataz, se llenaron de envidia, é imitando al Gobierno, *la emprendieron contra el carlista*. A ella pude contentarla fácilmente dejándola entrever una inmensidad de amor y de delicias al través de los pucheros y cacerolas; el otro maldito era más duro de pelar. Le cargaba que siendo preso anduviera por la ciudad, y mi ama, mandándome por trencilla, seda y comisiones semejantes, irritaba de continuo la bilis del *cancerbero*, cuando yo no tenía la culpa de que el director de una cárcel viviese dentro de ella. Cuando hube inspirado confianza, recorría la población, me enteraba de las novedades de la guerra, frecuentaba los juegos de bolos y concurría á todas las diversiones compatibles con el tiempo de que podía disponer. —¡Qué policía la de Ciudad Rodrigo!—No había pozos, y amontonaban la inmundicia al aire libre, junto á la muralla, para que el olfato desvaneciese todas las dudas sobre la *fortaleza* de la plaza; imaginé vivir en un nido.

Dentro de mi condición especial, no podía formular ningún motivo de queja; no obstante, el pensamiento fijo que dicen tiene siempre todo preso, me atormentaba sin cesar, la libertad, si bien en mí era movida de espíritu levantado y patriótico, pareciéndome indecoroso que los partidarios del Rey, defensores y mantenedores de las grandes y regeneradoras ideas, permaneciesen contentos en la ociosidad y en la servidumbre. Mientras revolvía causas y expedientes en la oficina, hubiera sido disculpable que preguntase por el mío, y de intento me abstuve, para no recordar que el criado pertenecía al Correccional.

Sin embargo, mis precauciones resultaron vanas. El capataz dejó de jugar conmigo, y siempre lo encontraba acechando mis acciones y computando el tiempo que empleaba en los recados. Tanta insistencia me chocó, porque paulatinamente fueron creciendo su mal genio y su intolerancia, hasta que á fuerza de cavilar di en el hito de todos sus celos: *tenía miedo* de que me escapase. Un rayo de luz me abrió las entendederas. Conocí que á mi amo le remordía la conciencia, que mi proceso no parecía para dar por lo menos color á mi prisión, que columbró que yo no era tan niño, y como cada quisque ve las cosas á su modo, había abandonado en el capataz toda la responsabilidad.

Penetrado de la exacta situación de mis asuntos, dispuse una de las mías antes que fuese más tarde.

Confidencialmente y afectando amistad, me acerqué al *cascarrabias*, indicándole que necesitaba dinero para camisas; que estaba poco satisfecho de unos años que á pesar de mis desvelos nada me daban á ganar, y que con sentimiento me veía precisado á vender mi capota si hacía la caridad de comprármela. Tomar muchas precauciones suele ser tan perjudicial como no adoptar ninguna, y con toda su marrullería, que no era poca, cayó en el lazo. La echaba de astuto; al ver que próximo el invierno me deshacía de la ropa de abrigo, se le desvanecieron los celos de que me fugase, creyendo que trataba de celebrar en el Co-



reccional la pascua de las zambombas. Para que no permaneciese mucho en el error, saqué al momento mi esclavina, que mereció los honores de un escrupuloso análisis. Examinó cuidadosamente sus costuras, tanto por el revés como por el derecho; la contempló, la revolió é hizo con ella todos los virajes y manipulaciones que suelen emplear en su oficio los picapiojos (1). Me dió ocho duros, justamente la mitad de lo que costó, y cierta tarde fingí que se me había olvidado el vino, suplicándole atendiese al servicio de la mesa mientras volvía; sin despedirme tomé el *tole-tole*, llevando en los bolsillos y debajo de la ropa el dinero ganado, camisas y varios pares de zapatos que aún me podían servir.

La tormenta que nos estuvo amagando durante el día escogió también el momento de mi fuga para descargar, con el indispensable acompañamiento de relámpagos y truenos. Serían las seis, y oscureció en seguida, poniéndome en camino y aguantando la lluvia atormentada que me molestaba bastante.

Hay á tres leguas de Ciudad Rodrigo un miserable lugarejo sobre el que me facilitaron algunos informes. La tabernera, único sér que á las diez de la noche te-



(1) Nombre con el que se motejaba á los sastres de portal en 1834.

nía abierta la puerta, apoyada en el umbral, miraba al cielo observando la marcha de la tempestad. Era tal mi miedo de quedarme á la intemperie hecho una sopa, que me colé de sopetón, y aunque lo intentó, no pudo impedir que entrase.—«Joven, advierto á V. que voy á cerrar.»—«Pues cierre V. y hablaremos. ¿Va V. á dejarme en la calle en semejante estado?»—Y al decirselo me aproximé á la luz para que me viese.—«¡Qué atrocidad!—repuso riéndose.—¡Bien ha aprovechado V. la nublada Pero los últimos que se retiran en el pueblo acaban de marcharse, y bueno será que



entornemos.» Mientras ella cerraba y recogía los vasos, jarras, barajas y sillas que en desorden se encontraban por allí, yo me arrimé al hogar, buscando lumbre para secarme. Había poca, fué por leña á su corralillo y le ayudé á encenderla. Así que se levantó buena llama, empecé á desnudarme sin cumplimientos, picándole mucho la curiosidad tantas camisas puestas unas sobre otras; me trajo una manta, y acurrucado junto al fuego entablamos conversación animada.—«Pero vamos á ver. ¿Podría saberse á dónde se dirige V. con este temporal?»

ACCIÓN DE ALPENS

UNO de los hechos que en Cataluña dieron más lustre á las armas carlistas y mayor resonancia tuvo en el Principado, fué indudablemente la batalla de Alpens, en la que el Brigadier liberal Cabrinetty pagó con su vida el temerario empeño de aniquilar nuestras fuerzas.

Hallábase éste el 20 de Junio de 1873 en Igualada, y decidido á emprender una activa persecución contra nosotros, salió al día siguiente para La Llacuna, Torrellas de Foix, La Juncosa y Villarrodoná, apenas tuvo noticia de que las tropas carlistas que operaban en la provincia de Barcelona habían descendido de la alta montaña, después de haberse incorporado á ellas el Infante D. Alfonso.

Cruzados algunos tiros entre las fuerzas de ambos ejércitos en las cercanías de Olost y San Felú Saserra; herido el amor propio de Cabrinetty á consecuencia de un choque habido en las inmediaciones de Prats de

Llusanés con D. Alfonso, en el que, ocupando los carlistas el Grao de Torruella, apoyando su derecha en la ermita de San Julián y su izquierda en la llamada Cadira de Galcerán, fueron rudamente atacados por las tropas liberales, que á la postre tuvieron que huir á la desbandada á guarecerse en el pueblo; eclipsada por estos y otros encuentros la buena estrella de aquel Brigadier liberal; burlado su espionaje y deshechos á veces en un minuto los planes en que cifraba sus más halagüeños resultados, por las hábiles operaciones de su enemigo, salió al amanecer del día 9 de Prats de Llusanés, y anhelante de vengar el descalabro que sufrieran recientemente en San Quirico de Besora fuerzas del Gobierno, tomó el camino de Alpens.

Dos días antes llegamos los Zuavos con SS. AA. á unas casas de campo de la sierra del Viure, situada entre Gironella y Prats, pernoctando el día 8 en Alpens, en donde nos entregaron uniformes, mantas y mochilas. Los batallones de Savalls, Auguet y Vila del Prat llegaron á dicho pueblo el día 9, y juntos emprendimos la marcha hácia Alou, cuya aldea abandonamos después de una hora de descanso, volando á la misma población que horas anteriores nos había albergado.

Apenas el Batallón de Auguet tomó posesión de Alpens, una nutrida descarga de fusilería anunció que la columna Cabrinetty pugnaba por desalojarle, y fué su estruendo la señal precursora de aprestarse al combate con heroísmo.

Vila del Prat se desplegó á la derecha del pueblo; Savalls á la izquierda; nosotros operamos un movimiento para envolverles la retaguardia, encerrada en unas casas de campo llamadas Graell y la Vall, y don Juan Camps aceleró su marcha cuando el ruido del bregar le dió conocimiento del suceso, presentándose de improviso en el único camino por el que hubieran podido fugarse los que habían de ser derrotados.

Al entrar Cabrinetty en el pueblo, le reciben los nuestros con una descarga que anonada y dispersa á sus tropas; en vano á la cabeza de la vanguardia carga impetuosamente á la bayoneta; los voluntarios carlistas le rechazan con heroísmo, obligan á sus enemigos á encerrarse en las casas del arrabal y Cabrinetty cae mortalmente herido. Desalentados los soldados, por ver unos á su general ya difunto, y otros por encontrarse enteramente rodeados por un círculo de fuego, empezaron á rendirse, y á media noche teníamos en nuestro poder el cuerpo del famoso Cabrinetty con toda su columna, que la componían los tres batallones de cazadores de las Navas, Madrid y Mérida, dos piezas de artillería de montaña, 36 caballos de cazadores de Tetuán y toda la brigada con dinero y municiones de artillería é infantería. La bandera de nuestro Batallón fué atravesada por dos balas, como ya habrán leído nuestros lectores en otro número de EL ESTANDARTE REAL.

Esta memorable jornada fué un golpe de terribles consecuencias para la causa liberal. El parte del Gobierno, que verán á continuación nuestros lectores, da idea del pánico que infundió en el ánimo de nuestros enemigos tan importante victoria:

«Excmo. Sr.: Con esta fecha digo al Excmo. Sr. Capitán general de este distrito lo siguiente: Excelentísimo Sr.: Como jefe más antiguo de las fuerzas que á las órdenes del señor Brigadier D. José Cabrinety formaba su columna, habiendo resultado, E. S., que el citado brigadier fué muerto el día 9 en Alpens, en la acción habida con las facciones reunidas de Don Alfonso, Savalls y otros cabecillas, es mi deber hacer un relato detallado de los tristes acontecimientos de tan desgraciado encuentro. A las dos de la tarde del citado día, continuando la marcha, salió la columna de Prats de Llusanés, tomando la dirección de Alpens, porque se habían adquirido noticias de que en dicho punto las facciones reunidas habían resuelto esperarnos. A las siete de la tarde, y como una media hora antes de llegar al pueblo, recibió el señor Brigadier, á mi presencia, un aviso por un paisano mandado por el Alcalde de Alpens de que la facción había salido tomando la dirección de San Boy. En tal estado, y teniendo presente lo avanzado de la hora, continuamos la marcha; pero al dar la vista á Alpens, pudo notarse que una fuerza armada, que después de reconocida resultó ser carlista, se apresuraba avanzando para tomar el pueblo. Inmediatamente el señor Brigadier dispuso que las cuatro compañías de cazadores de Mérida que iban de vanguardia tomasen la población á la carrera, con motivo de evitar que el enemigo estableciese en ella sus posiciones. Así se hizo, en efecto; pero al llegar á las alturas de las primeras casas, un nutridísimo fuego se rompió contra nosotros desde distintos puntos que la facción había dejado ocupados antes de preparar el movimiento estratégico que ofreció á nuestra vista. Estas cuatro compañías lograron posesionarse de algunas casas de la población, en las cuales se guarecieron, no pudiendo sacar en adelante partido alguno de ellas, en atención á haberse apoderado de sus soldados un pánico horroroso, por el nutrido fuego que sufrían.

»Al mismo tiempo, todas las colinas que circuyen el pequeño valle donde se encuentra situado el pueblo, se coronaron inmediatamente de fuerzas enemigas, apostadas sin duda de antemano, como se comprende fácilmente por la rapidez con que se efectuó este movimiento. La columna, que en estos momentos se encontraba en el valle, principió á sentir el fuego que por todas partes se le hacía. Un terror inexplicable se apoderó del ánimo del soldado, una vez que vió las fuerzas que le rodeaban; todos cuantos esfuerzos se hicieron por parte de los jefes y oficiales, con objeto de organizar las fuerzas, fueron completamente inútiles, no haciendo caso alguno de las voces de mando ni tampoco de los respectivos toques de corneta. Una gran parte de la columna se dirigió á las primeras casas (donde ya se encontraban las compañías de vanguardia), desde las cuales no era posible tomar la ofensiva ni tampoco sacar de ellas al soldado para hacer algún movimiento. Con una pequeña fuerza que logró reunir el señor Brigadier al toque de llamada, estableció la artillería en una meseta inmediata á las casas de que llevo hecha mención, posición que se vió en la impo-

sibilidad de sostener por el nutrido fuego que por todas partes sufría, siendo además inútil sostenerla, por el ningún efecto favorable que podía obtenerse de los fuegos que de ella se hacían; por esto dispuso el señor Brigadier, viéndose además completamente abandonado, que avanzasen para protegerla siquiera las fuerzas que se hallaban en las mismas casas. Debo consignar, E. S., que en esta posición y al abrigo que prestaban dichas casas, y en un trozo de calle, en la corta extensión de unos 50 metros, se encontraban reunidas la artillería, la caballería, las acémilas y una gran parte de la columna, presentando una gran masa informe é inerte, sin que de ella se pudiera sacar partido alguno, desobedeciendo al señor Brigadier y á los jefes y oficiales, siendo inútiles cuantos medios emplearon: las palabras, amenazas, ruegos y castigos, todo fué en balde. En medio de esta confusión se trató de establecer las piezas al extremo de la calle, para ver de apagar el fuego nutrido que desde la torre se nos hacía. ¡Vano empeño! En esta operación fué cuando el señor Brigadier tuvo la desgracia de caer herido, muriendo instantáneamente.

»Este acontecimiento causó tal impresión en el ánimo de las tropas, que se declararon en una desbordada fuga; traté de contenerlos y arengarlos, infundiéndoles el valor con mis palabras, para vengar la muerte de nuestro digno jefe, pero inútilmente; así es que este movimiento de retirada se verificó sin orden de ningún género, separándose á cada momento fuerzas que, tomando distintas direcciones, iban á caer en poder del enemigo, que nos rodeaba por todos lados. Por último, el que suscribe, E. S., seguido de unos 20 hombres y algunos oficiales (de esta fuerza muy pronto me ví abandonado), pudo, merced á la sombra de la noche, ganar la salida del círculo en que durante siete horas estuve encerrado con la columna, pudiendo observar desde la posición que ocupaba que á las dos de la mañana, hora en que cesó el fuego, fueron sucesivamente entregándose las tropas, á la voz de «hay cuartel y viva Carlos VII». Omito algunos detalles, E. S., que pondré en su conocimiento á su debido tiempo, por el rubor que como militar me causa consignarlos; pero forzoso me es decir que este triste resultado obtenido es la consecuencia inmediata del estado de insubordinación en que se encuentra el soldado, pudiendo asegurar, sin que sea aventurado mi juicio, que las tropas, en el estado de indisciplina en que se hallan, no nos ofrecerán más que derrotas vergonzosas, cada vez que, como hoy ha sucedido, el enemigo nos haga frente. Lo que con el más profundo sentimiento tengo la alta honra de trasladar á V. E., por si sufriese extravío la precitada comunicación, y á fin de que lo antes posible ponga V. E. en conocimiento del Gobierno de la República el triste desenlace de la jornada del 9, esperando se adopten las medidas necesarias para vengar al ejército y dejar en el lugar que le corresponde el honor de las armas, á fin de que no sufra menoscabo la libertad, amenazada en estas montañas.—Salud y República democrática federal.—Vich, 13 de Julio de 1873.—E. S.—El T. C., Coman-

dante, José Pastor.—Al ciudadano E. S. Ministro de la Guerra.»

Si del relato oficial que acabamos de transcribir se descartan los motes que, con el engrudo de la saña, se intenta pegar al ejército carlista, no resulta del todo inexacto.

Lo malo que encierra son los consabidos epítetos de *cabecilla* y *facción*, que no rezan ciertamente con los que copan columnas enteras; antes bien, de rechazo van á clavarse en la frente de los que, según confiesa el citado parte, «no hacen caso alguno de las voces de mando ni tampoco de los respectivos toques de corneta», y «desobedecen al señor Brigadier», y «desoyen las palabras, amenazas, ruegos y castigos», y, en una palabra, que «su estado de insubordinación» las ponía en el duro trance de experimentar «derrotas vergonzosas cada vez que el enemigo les hiciera frente».

Frases son estas que después de leídas dejan columbrar al cabecilla y al faccioso en todos sus detalles, patentizando á la vez que *ambos señorones* estaban muy lejos de militar en las filas de aquellos que pocos días después de empañar el honor de las armas liberales en Alpens, rindieron á la villa de Bagá y alcanzaron un nuevo laurel glorioso con la conquista de Igualada.

GABRIEL JOSÉ LLOMPART.

NUESTROS GRABADOS

Don Carlos al tomar el coche frente á su palacio-alojamiento.

(Gran lámina suelta.)

Gracias á la amabilidad de nuestro General y distinguido amigo D. Elicio de Bériz, reproducimos de una fotografía de la época el presente asunto.

Sabido es de nuestros lectores que la villa de Tolosa fué muchas veces Cuartel Real de Don Carlos, y que jugó un papel importantísimo durante la última guerra. Si no pensásemos publicar la vista panorámica de tan bella población, nos extenderíamos mucho acerca de ella; por hoy nos limitaremos á referir el entusiasta recibimiento que los carlistas tolosanos dispensaron al Sr. Duque de Madrid, cuando les visitó por vez primera. Era el día 5 de Marzo de 1875. A la una y media de la tarde, el Comandante general de la Provincia, D. Hermenegildo D. de Ceballos, salió con sus ayudantes á encontrar á Don Carlos en el camino, y desde entonces fué ya indescriptible el movimiento y la ansiedad que reinaba en toda la población.

Las calles vistosamente engalanadas, los balcones cuajados de espectadores, en ninguno de cuyos semblantes faltaba una sonrisa, fuerzas de nuestro valiente ejército tendidas en la carrera, un repique general de campanas, numerosos cohetes estallando en el aire, un arco triunfal de follaje, con muchos gallardetes de colores nacionales á la entrada y en el mismo sitio que ocupaban las puertas de la fortificación; todo esto hacía Tolosa, la hija querida que estuvo cautiva, al recibir la primera visita de su padre, esmerándose en borrar de su frente con adornos y galas las señales de su cautiverio.

La cimera del arco de triunfo formaba dos pequeños óvalos y un ovoide; en el óvalo superior se leía la inscripción siguiente: *Dios, Patria Rey*; en el ovoide esta otra: *La M. N.*

y *L. villa de Tolosa á su ansiado R. Don Carlos VII*; el óvalo inferior lucía las armas de la villa.

Don Carlos entró precedido de su escolta de infantería, del General con su E. M. y de la escolta de caballería, á los acordes de la banda de música del batallón del Carmen, mal percibidos por causa de los continuados vivos que salían de los balcones, desde donde la multitud agitaba pañuelos, prodigando al R. las mayores muestras de veneración y de cariño.

Después de entrar en la iglesia de Santa María á dar gracias al Todopoderoso por la protección que dispensaba á su Causa, se dirigió á su Palacio-alojamiento, siempre rodeado de multitud de gente y siempre frenéticamente aclamado.

Por la noche, la música del Carmen tocó escogidas piezas debajo de los balcones, en medio de una apiñada muchedumbre que en castellano y en vascuence gritaba delirante: ¡Viva el Rey!

Archidukes Francisco Salvador y María Valeria.

(Pág. 289)

El Archiduke Francisco Salvador, es hijo de SS. AA. II. y RR. los Archidukes Carlos Salvador y María Inmaculada, cuyos retratos publicaremos.

Es hermano segundo del Archiduke Leopoldo Salvador, y por consiguiente cuñado de Doña Blanca.

Nació el 21 de Agosto de 1866; en el ejército austriaco es capitán de dragones, y casó el 31 de Julio de 1890 con la hija del Emperador Francisco José, la Archiduquesa María Valeria, nacida en 22 de Abril de 1868.

Palacio de Murguía.

(Pág. 292)

El *palacio-casa-fuerte* de Murguía, como le llaman las escrituras que se conservan en el archivo del Excmo. Sr. Marqués de Valde-Espina, es antiquísimo, y uno de los 14 de *parientes* mayores rebajado por Enrique IV; y ya en aquel tiempo era inmemorial, según declaran las citadas escrituras.

En la primera guerra civil estuvo fortificado por los cristinos, que casi lo arruinaron. Restaurado por el actual Marqués, que lo rodeó de espaciosos jardines, volvió en la última campaña á atraer hacia sí las iras de los liberales, que, no contentos de convertirlo en fortificación, talaron los campos y jardines, demolieron los muros que lo circuían, quedando la casa destrozada, más bien que por los ataques de las tropas carlistas al tomarla, por los continuos fuegos que, una vez fué nuestra, le dirigían tres fuertes enemigos.

Tan histórico palacio se halla en la actualidad como nuestros lectores pueden ver en el presente grabado, y se hizo en él la debida restauración para poder servir de morada al hijo segundo del Marqués, D. Cándido de Orbe, que reside allí con su distinguida esposa. También pasa en él los veranos el Excmo. Sr. Marqués de Valpe-Espina. En el otro número publicaremos el palacio de Ermúa, que es una preciosidad.

Portugalete.

(Pág. 296)

No era empresa fácil la toma de esta villa; porque asentada en la ría de Bilbao, en la ensenada que allí forma el Cantábrico, estaba defendida por dos lados por el agua, y tenía además libre por mar sus comunicaciones con Santander y el resto de España. Dos goletas estacionadas en el abra impedían, con su poderosa artillería, la aproximación á la plaza por la

costa y el establecimiento de baterías, y defendían el pueblo el batallón cazadores de Segorbe, una sección de artillería de montaña y una compañía de ingenieros.

A pesar de todos estos elementos de defensa, se resolvió atacar y se encomendó al general Dorregaray la dirección del sitio.

Este duró veintidós días. Por fin se rindieron sus defensores, y con la toma de Portugaleta y la del Desierto quedó todo Vizcaya, excepto la capital, en poder de nuestras tropas.

Portugaleta y Las Arenas.

(Pág. 296)

Como se puede ver en el grabado, el poético pueblo de Las Arenas está á continuación de Portugaleta. Durante el verano es centro de la sociedad elegante, y sus hermosos *chalets* fueron blanco de los proyectiles lanzados por los buques liberales que bombardeaban la costa después de ocuparla los carlistas. La ría se ensancha notablemente en Las Arenas, formando casi un paralelogramo, cuyo lado superior es la barra del Nervión y el inferior la playa consabida.

Fuerte del Morro.

(Pág. 297)

Era uno de los mejores que tenían los sitiados. Lo hemos reproducido bajo dos puntos de vista, para que dé idea más completa. Formaba un polígono irregular de cinco lados, terminando en un ángulo flanqueado por un arco de eclipse. El parapeto de las caras que miraban al N., tenía un espesor de tres metros, y los de la del S., dos. El poco espesor de los parapetos de las caras del S., y la imposibilidad de reducir el espacio interior, había hecho que se construyesen aquellos volados sobre la escarpa, asentándolos sobre una estacada colocada á la altura de la cresta de dicha escarpa.

El parapeto tenía su talud interior revestido con un muro de mampostería, sobre el que se habían construido aspilleras de ladrillo, espaciadas unos 60 metros.

La fábrica de ladrillo estaba cubierta al exterior por medio de unas máscaras revestidas de tepes. La escarpa al descubierto estaba revestida en una longitud de seis metros, junto á la gola en la cara S., y su revestimiento era de mampostería. El foso era de 3'50 metros de anchura. Un camino cubierto con estacada y glasis rodeaba el fuerte y se prolongaba en el saliente, formando una obra avanzada de forma irregular, que partía del terreno exterior cubierto de los fuegos de la obra principal. Cerrando la gola de la obra avanzada, había un cuartel de madera aspillerado, que tenía blindada exteriormente con plancha de hierro parte de la cara que miraba á la obra.

La banqueta, de 1'80 metros, empedrada, tenía su talud revestido, y con escalones de acceso en el ángulo flanqueado y la gola.

Cerraba el recinto en la gola un cuartel de madera aspillerado y blindado con planchas de hierro en todos sus frentes. En la contraescarpa del foso había una plaza de armas, cuyo parapeto estaba revestido de madera. La comunicación del interior de la obra al exterior se verificaba por medio de un puente levadizo de contrapesos. Tres caponeras de encofrado de madera situadas en la gola, y entre las dos caras N., flanqueaban los fosos. La parte de foso correspondiente al saliente, estaba defendida por una estacada de carriles con las puntas aguzadas.

Había emplazamientos para tres piezas á barbata: uno en el ángulo formado por la primera y segunda cara del N., para una pieza de á 16, sobre marco giratorio con esplanada de

mampostería, en el cual cubrían á los sirvientes unas portas de corredera blindadas; otro para piezas de á 12, sobre cureña de plaza, en el saliente de la obra, con portas blindadas, esplanada de madera y través que cerraba la esplanada en su parte posterior, y el tercero, para otra pieza también á barbata, en el primer frente del S., á partir del cuartel, con esplanada de madera y portas blindadas. Además de los edificios citados, tenía este fuerte los siguientes:

Cuartel de artillería y repuesto de municiones adosado á él; habitaciones para gobernador y oficiales, almacén de viveres, telégrafo y demás accesorios.

Páginas de un carlista.

(Págs. 299-300-301.)

Véase el texto.

LIBROS RECIBIDOS

FLORINA, PRINCESA DE BORGONA, novela histórica de William Bernad Mac-cabe, magistralmente traducida por el distinguido redactor de *El Correo Español* D. Joaquín Aranda, forma un elegante tomo en 8.º, de 245 páginas, cuyo asunto es un interesante episodio de la primera Cruzada. Hoy que la casi totalidad de novelas que ven la luz llevan impreso el sello de un ásqueroso realismo, no puede menos que tener aceptación la traducida por el Sr. Aranda, que reúne moral y literariamente condiciones para que la recomendemos á nuestros abonados.

Hemos recibido el *Anuario del Real Colegio Tarrasense*, para el curso de 1889 á 1890. En él va perfectamente grabada una vista del renombrado Colegio, que ya cuenta veintisiete años de existencia, y al cual sus actuales directores, Dr. D. Juan Cadevall y el Rdo. Dr. D. Isidro Vilaseca, han sabido imprimir con admirable tino el método de enseñanza que tan óptimos frutos está produciendo.

Colegios como el establecido en la ciudad de Tarrasa, con edificio modelo para alumnos internos é incorporado al Instituto provincial, son de utilísima necesidad en estos tiempos en que la juventud está amenazada por tantos peligros, mientras haya de bogar por el mar tempestuoso de la vida científica y moral.

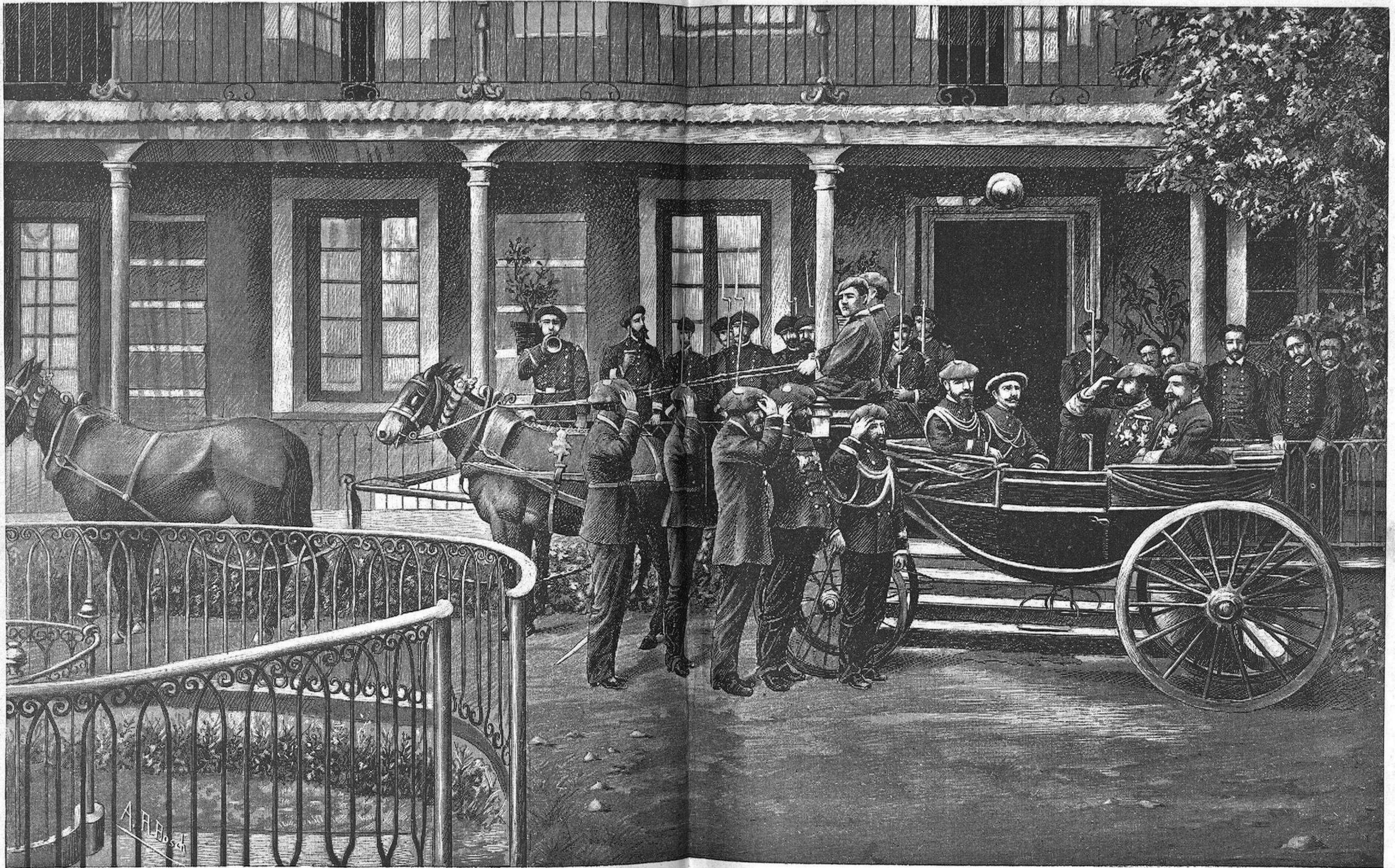
Por contrato especial con el depositario de la obra titulada CARLOS V, nos complacemos en notificar á nuestros lectores que podemos remitirla franca de portes á cuantos la deseen, abonando simplemente por ella la exigua cantidad de 1'50 ptas.

Si se atiende al interés que despiertan lo sucesos contemporáneos, y en especial haciendo referencia al Abuelo de nuestro augusto Jefe, no dudamos que la obra que nos ocupa—lujosamente encuadrada en percalina y dorados—será aceptada con gusto por aquellos que todavía no la hayan leído.

Nuestro querido amigo, el inspirado vate D. Benito Muñoz Serrano, publicará en breve con el hermoso título de DIOS, PATRIA, REY, un libro de sus composiciones poéticas dedicado á S. A. R. Don Jaime de Borbón, y precedidas de un prólogo del brillante escritor D. José de Liñán.

No dudamos del éxito de la obra.

Barcelona: Imprenta de Fidel Giró, Cortes, 212 bis.



DON CARLOS AL TOMAR EL COCHE FRENTE SU PALACIO-ALOJAMIENTO DE TOLOSA.—DIBUJO DE A. ROSS BOSCH.

